

Cruces textuales y reconfiguraciones del deseo: De Leonor Silvestri a Iosi Havilio y Gabriela Cabezón Cámara

MARÍA A. SEMILLA DURÁN
Université Lumière Lyon 2

Resumen

La proposición de este artículo consiste en leer, a la luz de los conceptos vertidos por Leonor Silvestri en *Ética amatoria del deseo libertario y las afectaciones libres y alegres*, dos novelas: *Opendoor* de Iosi Havilio y *Las aventuras de la China Iron* de Gabriela Cabezón Cámara. Ambas podrían inscribirse en un intento ficcional de imaginar nuevas formas de organización social y familiar que incluyan la circulación entre los géneros, como instancias posibles e incluso fundadoras de prácticas subversivas y, como tales, emancipadoras. Las dos propuestas son de diversa profundidad, extensión, eficacia y radicalidad, pero ambas rompen los órdenes establecidos y, a la vez, cuestionan mitologías culturales e históricas y hacen estallar los marcos políticos de la dominación.

Palabras clave: ficción, género, ética amatoria, prácticas emancipadoras, afectaciones libres

Abstract

The proposal is to read two novels following the ideas displayed by Leonor Silvestri in *Ética amatoria del deseo libertario y las afectaciones libres y alegres*: *Opendoor* by Iosi Havilio, and *Las aventuras de la China Iron* by Gabriela Cabezón Cámara. These novels could be understood as a fictional attempt to imagine new ways of social and family organisation, ones that would allow circulation between genders, in order to produce subversive and emancipated practices. The two propositions are different in depth, extent, effectiveness and radicality, but both break the established order and, at the same time, question historical and cultural mythologies, while blowing up political domination's frameworks.

Key words: fiction, gender, love ethics, emancipatory practices, free affectations

1 Conceptos instrumentales

Paul B. Preciado afirma, en *¿Qué es la contrasexualidad?*, que

[...] la contra-sexualidad apunta a sustituir ese contrato social que denominamos Naturaleza por un contrato contra-sexual. [...] los cuerpos se reconocen a sí mismos no como hombres o mujeres, sino como cuerpos parlantes, y reconocen a los otros como cuerpos parlantes. (Preciado 2002: 18)

Y más adelante:

El sistema heterosexual es un aparato social de producción de feminidad y masculinidad que opera por división y fragmentación del cuerpo: recorta órganos y genera zonas de alta intensidad sensitiva y motriz [...] que después identifica como centros naturales y anatómicos de la diferencia sexual.

Los roles y prácticas sexuales, que naturalmente se atribuyen a los géneros masculino y femenino, son un conjunto arbitrario de regulaciones inscritas en los cuerpos que aseguran la explotación material de un sexo sobre el otro. (Preciado 2002: 22)

Leonor Silvestri¹ retoma esas reflexiones y las amplía, derivando hacia otros territorios que toman una cierta distancia con las posiciones más centradas en las tecnologías del sexo, para plantear una suerte de utopía anarquista y liberadora que define, entre otros textos, en *Ética amatoria del deseo libertario y las afectaciones libres y alegres* (2012), título eminentemente programático.

Comencemos por exponer brevemente en qué consiste esa propuesta. Uno de los primeros pasos en el camino de una representación y una práctica distintas de la sexualidad sometida a los designios biopolíticos del Estado es la deconstrucción de la idea –del mito– del amor romántico, considerado una herramienta esencial del disciplinamiento de los cuerpos y de las subjetividades, disciplinamiento que se presenta como el enemigo acérrimo del ludismo sexual predicado en el marco de la Ética libertaria. El amor romántico es definido como el

[e]nemigo de la multiplicidad y de la despersonalización *par excellence* que no permite ni ver, ni sentir ni apreciar las distintas afectaciones en grados y modulaciones con otras pieles y cuerpos. Enemigo íntimo que no permite salir al exterior, que crea familias, que reproduce códigos, reterritorializa experiencias: pareja, matrimonio, noviazgo, propios de la heterosexualidad como régimen político. (Silvestri 2013: 41)

En consecuencia, para combatirlo y permitir la fluencia de afectaciones y cuerpos, hay que erradicar el sentimiento de posesión –y por lo tanto de dominación– del otro que suele acompañarlo; hay que dismantelar su “máquina despótica” (13), desterritorializar las experiencias y los deseos; hay que explorar, circular, estimular lo que Silvestri llama “pasiones alegres” (13); y ello mediante “la construcción reflexiva del uso de los placeres que se desprenden a partir de nuestros sentimientos más profundos de cariño” (13), es decir, en consonancia con una *ética amatoria* asentada en la multiplicidad de los deseos.

Esa toma de posición tiene evidentemente consecuencias sobre la vida, las prácticas y las elecciones: en la medida en que se subvierta el disciplinamiento y se contraríe la heteronorma, la despersonalización resultante de la destrucción de la “fábrica donde se produce la gente” (23) haría lugar a nuevas configuraciones sociales y amatorias, que disuelvan el Yo biográfico y la sujeción, a las que la autora define como “manadas, jaurías o bandadas” (23).

Destruir la máquina de fabricación de los géneros abre la posibilidad de impulsar la fuerza productiva del deseo, practicar un placer reflexivo que extraiga al sujeto de la cadena productora-reproductora y le permita resistirla, evadirla y trascenderla:

¹ Leonor Silvestri (1976): poeta argentina, especialista en literatura clásica, periodista, activista de género, *performer* y ensayista, fundadora del colectivo Ludditas Sexxuales, enfocado hacia la deconstrucción o la destrucción de los mandatos sexuales y de la heteronormatividad. Ha publicado varios poemarios y una compilación de poesía entre 2003 y 2015, dos ensayos: *Ética amatoria del deseo libertario y las afectaciones libres y alegres* (2012) y *Games of Crohn. Diario de una internación* (2016), y un libro de entrevistas: *Enemiga pública: interrogatorios y disparos* (2017).

María A. Semilla Durán – "Cruces textuales y reconfiguraciones del deseo ..."

Nómada, continuamente moviéndose fuera de los estratos de la identidad como personas, como seres humanos, fuera de la lógica binaria por la que somos u hombre o mujer, o niño o adulto, o profesor o alumno, o humano o animal (30)

En ese flujo que es a la vez descubrimiento y disolución se anudan relaciones "polimorfos, variadas, sin programa, sin necesidad ni apuro", regidas por una lógica inclusiva, conjuntiva de la amistad política y sexual:

No puede haber ética posible sobre las bases de una moral heterosexual humana que recorta al cuerpo como mero engranaje de una realidad social para producir y reproducirla. Cualquier experimentación sexo-afectiva que se pretenda como "insurgente" necesitará crear –y no simplemente recrear– la relación entre el uso y el lugar político del cuerpo en el marco de las nuevas sexualidades y sus prácticas de placer reflexivo y amistad política. (Silvestri 2000: 67)

Tales presupuestos exigen además una reconfiguración del deseo, que ya no debe concebirse como la expresión de una carencia, sino como la disponibilidad, la apertura hacia lo irresuelto, fluctuante, agujereado, compartido. De allí la profesión de fe:

Creemos en las prácticas de placer reflexivo contra-sexuales como un modo de desquiciar el sistema, parodiando la diferencia activamente desde una ética *ad hoc* para que la crítica de la jerarquía se incorpore a una teoría radical del sexo y una crítica a la opresión sexual. Esta relación crítica depende de la capacidad de organizar manadas, resistentes y disidentes, objetoras y desobedientes al género, que nos permitan actuar, dado que las condiciones de mi hacer son en parte las condiciones de mi existencia, que nos posibiliten exiliarnos de las categorías taxonómicas aristotélicas en pos de un mundo de potencias inefables. (Silvestri 2000: 79)

La articulación de los diferentes conceptos a los que hemos aludido puede ser pensada como un sistema de combinatorias, una suerte de paradigma de referencia cuyos componentes se desplazan, mutan, confluyen o se diferencian, según los movimientos del deseo y las disposiciones del afecto.

Preciado, por su parte, expresa una analogía fructífera entre el sistema de sexo-género y el del lenguaje al entenderlo como un texto y un archivo cuyos errores y fallos deben ser resignificados y potenciados en un enfoque contrasexual:

Los hombres y las mujeres son construcciones metonímicas del sistema heterosexual de producción y de reproducción que autoriza el sometimiento de las mujeres como fuerza de trabajo sexual y como medio de reproducción. [...]

El sistema de sexo-género es un sistema de escritura. El cuerpo es un texto socialmente construido, un archivo orgánico de la historia de la humanidad como historia de la producción-reproducción sexual, en la que ciertos códigos se naturalizan, otros quedan elípticos y otros son sistemáticamente eliminados o tachados. [...]

La contrasexualidad tiene como tarea identificar los espacios erróneos, los fallos de la estructura del texto (cuerpos intersexuales, hermafroditas, locas, camioneras, maricones, bollos, histéricas, salidas o frías, *hermafrodykes*...) y reforzar el poder de las desviaciones y derivas respecto del sistema heterocentrado. (Preciado 2002: 22-23)

Trataremos, a partir de estos aportes, de analizar el funcionamiento del texto del sexo-género en *Opendoor*, de Iosi Havilio y *Las aventuras de la China Iron*, de Gabriela Cabezón Cámara; y ello en dos niveles:

- 1) Variaciones de género: bisexualidad, poli-asignaciones, circulación, nomadismo.
- 2) Configuraciones familiares: ampliadas, conflictivas o no; estabilizadas o fluidas, nueva distribución de espacios y roles o indiferenciación de la cadena.

A los que podríamos sumar un tercer plano, otra proyección a la vez metafórica y analógica, en la medida en que nos parece que la desorganización deliberada del sistema, inscrita en posiciones contrasexuales más o menos radicales, afecta también en estas obras las lecturas de las mitologías nacionales, mediante inversiones, reconstrucciones, re-asignaciones, saturación de textualidades, “cadenas” implícitas, “contaminación” del todo, circulaciones, nomadismo, etc.

2 *Opendoor* de Iosi Havilio: Derivas y transacciones

La novela² narra unos años de la vida precaria de la narradora, una joven empleada en una veterinaria de Buenos Aires, que se deja ir al ritmo de los encuentros, sin mucho entusiasmo, pero también sin resistencia; como si estuviera desprovista de toda capacidad volitiva. Al principio de la novela se producen tres de ellos, que tendrán una influencia decisiva en el desarrollo ulterior de la historia: Aída, una joven a la que conoce en un bar, con la que pasa la noche –“Dormimos juntas, abrazadas y desnudas”–, y a cuya casa se muda; Jaime, un granjero que vive en el campo y a quien visita para revisar a su caballo enfermo, y Eloísa, una adolescente que atiende el almacén del pueblo cercano a la propiedad de Jaime y que, como la protagonista, fluctúa entre el dispositivo de la supuesta normalidad heterosexual y las prácticas que lo exceden o cuestionan. A partir de ese primer diseño que instala una red relacional, veremos cómo se distribuyen los espacios, los roles y las tensiones en la gramática textual de la novela, pero también en el texto del sistema sexo-género.

El sexo entre mujeres es sugerido desde la primera relación con Aída, sin que por ello se defina a ninguno de los dos personajes según una etiqueta determinada. Dos mujeres se encuentran y establecen una relación de intimidad cuyos alcances no se especifican, sin que ello implique que no mantengan otras con hombres. Aída manifiesta una cierta dualidad, en la medida en que, para la narradora, “En la oscuridad, Aída era de una manera. Con la luz del día su aspecto cambiaba, se volvía triste”. La conjunción es azarosa, inmotivada, inestable: Aída desaparece pocos días después y su lugar en el dispositivo, que queda vacío en un principio, es luego

² En este trabajo hemos utilizado la versión electrónica de la editorial Entropía, cuyas páginas no están numeradas.

ocupado por apariciones fantasmales, y acaba siendo colmado por su cadáver, que será hallado meses más tarde, sin que nunca se sepa exactamente qué ha pasado con ella, aunque sí que no ha muerto cuando desapareció, sino dos días antes del hallazgo del cuerpo.

Jaime es el personaje más estable, está presente del inicio al final, aunque en algún momento también desaparece de manera inexplicada, pero regresa. Su lugar en el dispositivo sexo-género es invariablemente el de la heterosexualidad, aunque su esquema patriarcal no es rígido y se deconstruye progresivamente. Cuando Jaime y la narradora se conocen, se lo describe como alguien hosco, tímido y silencioso, que mantiene una relación casi gemelar con su caballo enfermo, cuyo nombre es, por otra parte, el mismo que el suyo: "Los ojos de Jaime se funden en los del animal, se ponen del color de la paja, enfermizos".

En cuanto a Eloísa, es una adolescente "rara", que desde un primer momento es representada como un ser doble: "la mitad del cuerpo a la sombra y la otra mitad al sol". Al mismo tiempo que vagabundea de hombre en hombre y sus experiencias se desarrollan independientemente de toda afectación, la jovencita seduce a la narradora, la provoca y finalmente establece con ella una relación sexual intensa que comienza como una transgresión y acaba por integrarse al diseño de la vida cotidiana.

La narradora, luego de la desaparición de Aída y de ser despedida de su trabajo, se instala en la granja y vive maritalmente con Jaime, por quien a veces siente una cierta ternura o agradecimiento, en la medida en que le ofrece cobijo y protección; y otras hartazgo o desprecio. Lo que no impide que la relación, dentro de esos márgenes estrechos, se consolide y, de hecho, se "institucionalice" cuando la narradora queda embarazada y da a luz a un niño, Simón. Paralelamente desarrolla una relación tensa, intermitente y pasional con Eloísa, fundada en una sexualidad desbordante –salvaje–. Eloísa, cuyo comportamiento es a menudo equívoco, abusa del poder que le da sobre la narradora el deseo que inspira. La somete a sus caprichos y la manipula, a veces con crueldad. Desaparece a menudo, al ritmo de sus relaciones con parejas masculinas más o menos durables. Pero siempre vuelve, y acaba integrándose, con su presencia intermitente, al esquema familiar de la narradora, cuyo nombre nunca se pronuncia.

En torno a esa configuración central se organizan otras presencias, otros cruces: las relaciones puntuales y transgresoras de Eloísa –con un viejo, con un niño, con un inmigrante, con un gitano– y sus novios sucesivos; algunos hombres que la narradora cruza en sus andanzas por la ciudad y con respecto a los cuales siempre se sugiere un cierto grado de erotización de las relaciones, aunque nada se concrete, como el joven en el bar, los muchachos que le ofrecen fumar droga, Yasky, el empleado de la morgue; el hermano de Jaime, su cuñada y su hijo, que aportan al dispositivo el toque "familiar". Estamos por lo tanto frente a una configuración relativamente abierta, aunque no siempre plenamente ejercida, en la que se entrecruzan cuerpos, géneros y experiencias. La circulación no es totalmente libre, pero sí relativamente fluida, sobre todo porque las expectativas de reciprocidad exclusiva que Jaime parece alentar al principio van cediendo el paso a una

tolerancia resignada, que lima sus rivalidades con Eloísa y acaba admitiendo su presencia y su competencia como un componente más de la *tribu*. Podríamos entonces concluir que las regulaciones inscriptas en los cuerpos por los roles y las prácticas sexuales propias del sistema patriarcal, y que fundan los esquemas de dominación, ponen en evidencia una serie de fallas o errores que alteran su funcionamiento y operan, de alguna manera, como formas de contrasexualidad. Pero los modos de dominación no han desaparecido: o bien se han atenuado, puesto que Jaime ejerce cada vez menos su poder masculino, aunque sigue siendo aquel de quien la totalidad de la economía interna depende; o bien se desplazan, porque es Eloísa quien la ejerce sobre la narradora. Los deseos circulan, pero son de baja intensidad con la excepción del que une a Eloísa y la protagonista, en su historia a la vez marginal e injertada en un esquema que no se distingue tanto de la estructura familiar clásica, según los enunciados de la misma narradora: "Empiezo a hacer vida de ama de casa, un poco sin darme cuenta, naturalmente" o "Yo me dedico a la casa, barro, cocino, hago la cama, como un autómatas".

La mayoría de esas relaciones, o al menos las más significativas, se anudan en provincia, en el campo, que es a menudo representado en la línea de una cierta tradición de la literatura argentina como un espacio *otro* –"era como estar en otra parte"–, en el que se manifiesta el esplendor de la naturaleza; un espacio misterioso: "Nunca voy a acostumbrarme a los ruidos del campo. No son tantos y sin embargo tan precisos. *Siempre revelan algo. Y esconden todo lo demás*" (cursivas nuestras); un oasis en el que puede experimentarse una reparadora sensación de paz y arraigo –"era una de esas noches que solo el campo es capaz de dar. Me sentía en paz"–; pero también de irrealidad y extrañamiento: "Al costado de la ruta, una capa de neblina anulaba el campo: *fantasmagoría pura*" (cursivas nuestras). En ese borde, en el cual los límites de lo real se desdibujan, se perciben los peligros que acechan y los dobleces que se ocultan: la cercanía de *Open door*, el manicomio donde Jaime ha trabajado y en cuya historia se interesa la narradora, es una suerte de latido ominoso en el regazo de la llanura. La contigüidad de la locura es una marca y un enigma, y la errancia de los locos en el interior del predio interroga la errancia de los supuestamente cuerdos en la inmensidad de la llanura.

La ciudad, por su parte, es sobre todo el espacio de la muerte y de las pérdidas, de la indefensión. Desaparición y presunto suicidio de Aída, suicidio de la mujer desconocida en el puente, visitas reiteradas a la morgue para reconocer cadáveres, espacios inhóspitos en los que se insinúa la vacancia existencial, hospitales o cementerios: la fuga hacia una cierta *verdad* de la naturaleza responde a una tentativa de salvataje, a la búsqueda de un refugio que atenúe la insatisfacción de la vida cotidiana.

Fluctuación, nomadismo negligente, huecos biográficos nunca explicitados, duplicidades, presencia constante de seres desaparecidos que no acaban de serlo; enigmas no resueltos, analogías perturbadoras, sentimientos inconsistentes, pactos y compromisos, ausencia de sí mismos: "Me veía un poco como se ven las radiografías, fantasmal, sin identidad"; o al otro: "Jaime se queda callado, no interviene. Lo siento cerca *pero es como si no estuviera*" (cursivas nuestras). En esa

nebulosa en la que la narradora se pierde a veces, hundiéndose en la depresión o en la droga, va emergiendo paulatinamente una construcción endeble, empírica, mediocre si no fuera por el deseo frenético por el cuerpo de Eloísa:

Y yo me convierto en una sola súplica inarticulada, incapaz de decir nada. Estamos en el medio del campo. Entonces sigue más frenética que antes, y yo que pensé que más no se podía. Me traga, me come, me despedaza. Abro los ojos y acabo gritando como una loca. (Havilio 2006: s/n)

El resultado será un equilibrio precario, en el que la narradora se amolda a los roles tradicionales de la función femenina en el sistema de sexo-género heterosexual: “Cada cual cumple su destino. Jaime armó una huerta [...] yo me ocupo del bebé y de la casa. Es una vida distinta, no me la imaginaba, pero no está mal”, y ello sin renunciar a las intermitencias del deseo de un cuerpo que es a la vez otro y el mismo: “Eloísa me abraza fuerte, la siento caliente. Nos besamos como dos adolescentes, devorándonos a escondidas, contra el tronco de un ombú gigante. Me siento feliz”. En un dispositivo sin amistades alegres ni placer reflexivo ni nomadismo a la manera predicada por Leonor Silvestri, la transacción preserva la lógica del sistema, pero al mismo tiempo consagra la falla, el error, la avería sintáctica como única potencia vital. El cuerpo no escapa a la determinación biopolítica, pero instala la contradicción en su centro y de ella se alimenta. Entre la indiferencia y el desenfreno, el sistema no se desquicia, pero comienza a cruji.

3 Los aprendizajes de la libertad: *Las aventuras de la China Iron*, de Gabriela Cabezón Cámara

La tentativa de desestabilización contrasexual llevada a cabo por el libro de Gabriela Cabezón Cámara es mucho más radical y completa, tanto a nivel del sistema de relaciones personales en el interior del texto sexo-género, como en lo que se refiere a las lecturas *desquiciadas* de los roles sociales, las mitologías nacionales y sus representaciones literarias. La novela narra la historia itinerante de la China Fierro, luego rebautizada China Josephine Star Iron, la ex mujer del gaucho Martín Fierro, que huye de su pueblo dejando sus hijos a la custodia de unos vecinos y atraviesa la pampa en un viaje hacia el sur en la carreta de Elizabeth, una inglesa pelirroja y refinada que busca a su esposo Daniel, víctima de la misma leva obligatoria que el gaucho mítico. Elizabeth la “adopta” y se ocupa de su educación cultural, sentimental y sexual. La identidad de los dos personajes autoriza de inmediato la inmersión en la historia literaria y política de la Patria, y hace posible el estallido del sistema consagrado, en la medida en que abreva en las fuentes más canónicas del mito, pero lo deconstruye con saña e irreverencia. Una mujer rubia criada por una negra y esposa de Martín Fierro, héroe épico nacional metamorfoseado en borracho tramposo primero y gaucho gay y vaporoso luego. Una irlandesa pelirroja que recorre la pampa con la audacia y la fortaleza que se hubieran atribuido a un hombre; dos mujeres que se internan solas en territorio indígena en la ausencia de sus parejas masculinas: esas figuras bastan para actualizar la proliferante literatura centrada en el mito de la cautiva, inseparable de

la tradición gauchesca, y para alterar lo que Josefina Ludmer ha definido como “el tratado de la Patria” (1988), es decir la cartografía de la inclusión y de la exclusión en la sociedad argentina del siglo XIX. Si a ello sumamos el hecho de que Elizabeth iniciará a la China en los amores lésbicos al mismo tiempo que seduce a José Hernández, transformado en coronel obsesionado por el progreso y la industrialización del agro, oligarca totalitario y escritor plagario en cuya estancia funciona un campo de concentración equiparable a los centros clandestinos de detención de la dictadura, todos los parámetros habitualmente utilizados para explicitar la aporía sarmientina civilización vs. barbarie son reformulados, entremezclados, subvertidos. El texto literario está saturado de citas, verdaderas o fraguadas, así como de latencias implícitas de la gran tradición literaria argentina. De Sarmiento y Hernández a Saer, de Echeverría a Saccomano, Mairal y Brizuela; de María Rosa Lojo a Néstor Ponce, de Eduarda Mansilla a César Aira pasando por Borges (Semilla Durán 2014), la metáfora cultural de la cautiva, que ha sido ya objeto frecuente de relecturas feministas, esteticistas, políticas o eróticas, se somete a una nueva vuelta de tuerca o inversión revulsiva en el texto de Cabezón Cámara, y ello en dos etapas: el desplazamiento de la escena de la mujer violada por el indio a la escena erótico-pornográfica del sexo entre mujeres blancas y rubias primero – “era una bestia, Liz, era la vida misma prodigando sus mejores carnes, las más vivas, las más alegres carnes”– (Cabezón Cámara 2019: 91); el de la cadena amorosa interétnica que circula en y entre los géneros después, lo cual permite una gran variedad de combinaciones posibles de las que ninguna posición o intercambio es excluido: “Yo sentía también una alegría rara, nueva, en el cuerpo: había besado a un par de chinas y al gaucho al que le habían gritado maricón. Me estaban gustando, era notable, los besos de las chinas y los gauchos putos” (Cabezón Cámara 2019: 128).

El acento está puesto simultáneamente, y a lo largo de todo el proceso de aprendizaje de la China, en el triple placer: cultural, sexual y lingüístico; el progresivo desanudarse de los vínculos exclusivos y la incorporación de cuerpos y experiencias nuevas son prácticas muy cercanas a las *afectaciones alegres y libres* de las que habla Silvestri. Asimismo, la prolongación de la itinerancia de la carreta a través de la llanura en la itinerancia acuática de las tribus indígenas en sus éxodos estratégicos, y en el vagabundeo de ruka en ruka en los períodos sedentarios, son movimientos literales y simbólicos que se emparentan con el *ludismo sexual*, con el nomadismo que lleva a desterritorializarse en el espacio y en los cuerpos, moviéndose continuamente “fuera de los estratos de la identidad como personas, como seres humanos, fuera de la lógica binaria por la que somos u hombre o mujer, o niño o adulto, o profesor o alumno, o humano o animal” (Silvestri 2000: 30). Esas sucesivas desidentificaciones y desterritorializaciones se aplican también al tratamiento del paradigma literario que se reactualiza y se *desquicia*, en la medida en que no solo se desprograman los géneros estatuidos por el sistema heterosexual, sino también los géneros literarios, gracias a una “resemantización constante, distorsión, desviación” (Silvestri 2000: 55) que trastoca los contenidos simbólicos institucionalizados y los abre a resignificaciones y estallidos.

Nuevos modos de desear, nuevos modos de ser y de leer, nuevos y más intensos placeres: la China Iron y su caravana diseñan un encuentro amoroso con los indios que pone patas arriba el relato del Descubrimiento:

Hubo un tiempo seguramente breve pero largo hecho de una quietud curiosa, una quietud de mirarse: nosotros a ellos y ellos a nosotros [...]. Hasta que los desnudos de la punta de desnudos empezaron a cantar y a caminar: hicimos lo mismo, cantando también, con los brazos abiertos caminamos, hicimos todo lo que ellos y terminamos fundidos con esos indios que parecían hechos de puro resplandor [...], y entonces cuando abracé a Kaukalitrán me hundí todavía más en el bosque que había resultado ser Tierra Adentro. (Cabezón Cámara 2019: 151)

Ese flujo indisciplinado de sentidos y de cuerpos nos parece corresponder de manera casi programática a las exhortaciones de Silvestri:

Contra las clasificaciones autoritarias que hasta ahora han dictado qué es el sexo y cuáles son sus formas de organización, oponemos *intensificación de los placeres, nuevos modos de desear, nuevos relacionamientos que resistan el disciplinamiento de la heterosexualidad* e incrementen las potencias para intervenir corporalmente; una resistencia a la productividad heteronormativa que se priva de vidas amoratorias más excitantes, más extremas, más enriquecedoras, más audaces. (Silvestri 2000: 39, cursivas nuestras)

Las distintas etapas del proceso de aprendizaje que llevan a ese estadio de comunión utópico implican no solo un abandono progresivo de todo narcisismo autocentrado, sino también de todos los credos previos que lastran la subjetividad. La gozosa promiscuidad entre personas, etnias, géneros, animales y vegetación apunta hacia una armonía ecológica y estética integral, construida en y desde la libertad, es decir fuera de toda prescripción biopolítica y de todo texto sexo-género. Tal desprogramación acaba con los sistemas de dominación, incluso aquel todavía claramente perceptible en las relaciones entre Elizabeth y Josephine, etapa intermedia del proceso en la que la inglesa ejerce su poder y su saber sobre la China, quien a su vez cae en la trampa del amor romántico y posesivo: “a Liz sin marido la quería, quería, no sabía qué quería, que me amara, que no pudiera vivir sin mí, que me abrazara, que fuera mía la almohada que estaba al lado de la de ella” (Cabezón Cámara 2019: 66-67). La dispersión de los deseos que se verifica desde que transponen *la frontera* entre tierra de blancos y tierra de indios, su multiplicidad y profusión hace que los vínculos se distancien cada vez más de toda pretensión de exclusividad y de control. El cruce cultural acaba de fluidificarlos y el vagabundeo libre y placentero deviene la marca misma del encuentro, fuera de todas las antiguas convenciones y conveniencias. El otro lado es otro mundo, un más allá pródigo y gozoso del que no hay –no puede haber– retorno.

Lo “salvaje” no reside allí donde la tradición lo había asignado: la estancia del intelectual positivista es una prisión a cielo abierto que alberga un campo de tortura y dispone cruelmente de los cuerpos sometidos de los gauchos; la *posesión* más brutal –pero también más placentera– de los cuerpos sexualizados es la que ejerce una inglesa refinada sobre Josephine, en su doble función de amante y pedagoga.

Por su parte, el paraíso de los indios no solo es un oasis de igualdad y de goce compartido, sino que es el lugar donde se deconstruye totalmente el sistema, se despersonalizan las prácticas y se multiplican los deseos. Allí la china deviene india y la inglesa deja de serlo; los términos de la ecuación sarmientina civilización vs. barbarie se diluyen como el mito nacional, entre las plumas arco iris con las que Fierro confecciona los vestidos para el próximo verano.

Opendoor de Iosi Havilio y *Las aventuras de la China Iron* de Gabriela Cabezón Cámara son, pues, dos textos que ponen en cuestión en distintos grados e intensidades el texto sexo-género, y con él –¿gracias a ello?– desorganizan los mitos literarios y los discursos engañosos de la Historia, basados en la dominación patriarcal, la épica viril y la utilización del cuerpo de la mujer como espacio en disputa y objeto de transacción e intercambio. Se da así lugar a otra ética amatoria, poética y política. Si para Leonor Silvestri la escritura es el “movimiento irreductible mediante el cual un cuerpo arroja a la cara del Amo un grito: ‘no obedezco más’” (Silvestri 2013: 11), los dos textos tratados ponen en acto la exhortación y su desobediencia ataca a la vez los fundamentos del dispositivo heterosexual y del imaginario nacional, provocando un doble estallido que libera y repara.

Referencias

- Cabezón Cámara, Gabriela (2019), *Las aventuras de la China Iron*. Buenos Aires: Random House.
- Havilio, Iosi (2006), *Opendoor*. Buenos Aires: Entropía. Versión electrónica.
- Ludmer, Josefina (1988), *El género gauchesco: un tratado sobre la patria*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Preciado, Beatriz (2002), *Manifiesto contra-sexual*. Madrid: Opera Prima.
- Semilla Durán, María A. (2014), “El mito de la Cautiva: desplazamientos y proyecciones en la literatura contemporánea argentina”, *Cuadernos LIRICO*, 10. DOI: <https://doi.org/10.4000/lirico.1708>.
- Silvestri, Leonor (2013), *Ética amatoria del deseo libertario y las afectaciones libres y alegres*. Buenos Aires: Milena Caserola.
- Silvestri, Leonor (2016), *Games of Crohn: diario de una internación*. Buenos Aires: Milena Caserola.
- Silvestri, Leonor (2017), *Enemiga pública: interrogatorios y disparos*. Buenos Aires: Post Humana.